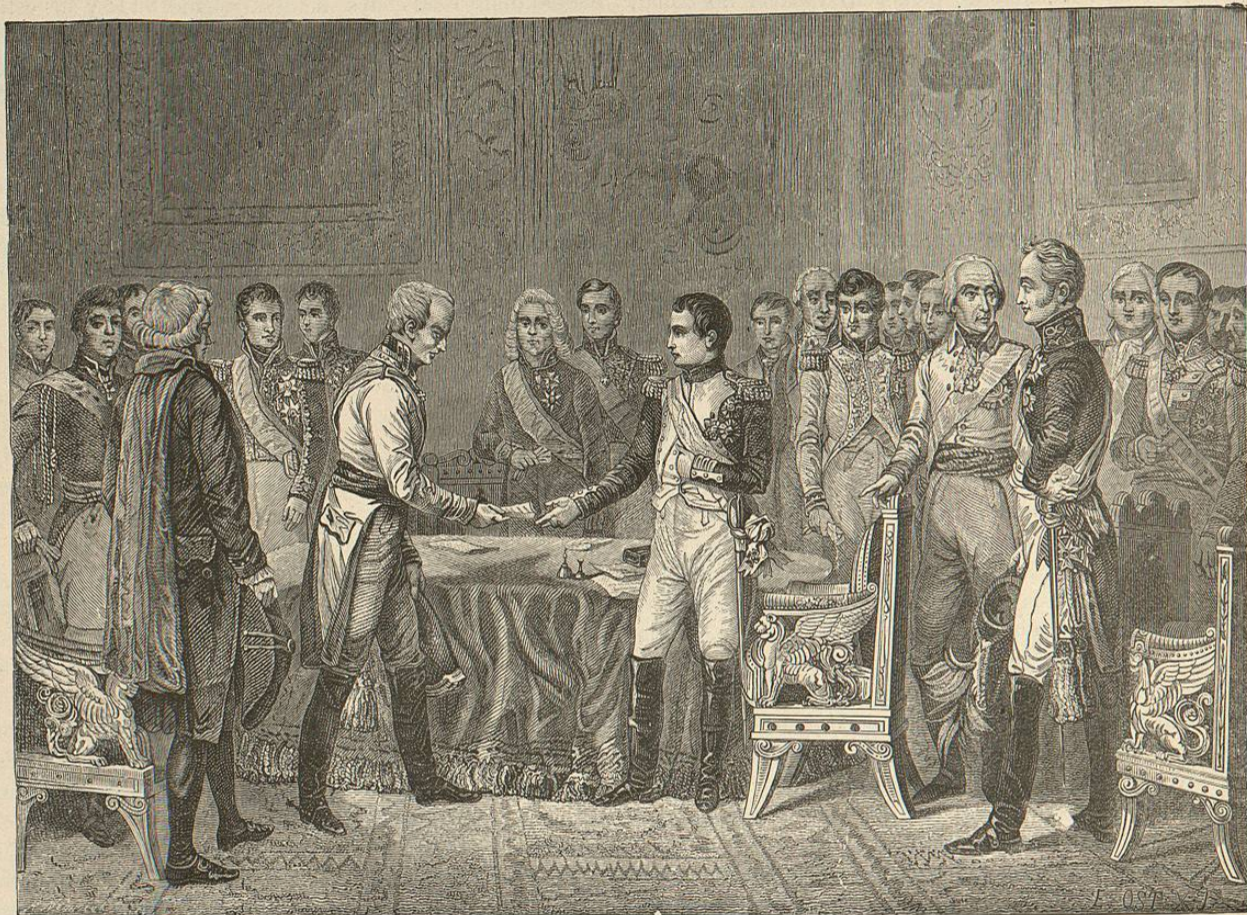


gido á los elementos jóvenes de su auditorio: «El esmalte de la juventud desaparecerá de vosotros y la llama de vuestra imaginación cesará de alimentarse de sí misma; pero apoderaos de esta llama, poetizadla con pensamientos claros, apropiados el arte de exponerlos y recibiréis en recompensa la más bella cualidad del hombre, el carácter. Con esta especulación clara conservareis la fuente del eterno esplendor de la juventud, y aun cuando vuestro cuerpo envejezca y vuestras rodillas se doblen, vuestro espíritu renacerá constantemente

con nuevo vigor y vuestro carácter se conservará firme é inmutable.»

En la misma techa en que tales discursos se pronunciaban apareció, en la primavera de 1808 (1), la obra de Goethe: *Fausto, tragedia. Primera parte*. Desde que en 1790 había publicado su *Fragmento*, Goethe había adquirido mucha experiencia. Últimamente, la muerte de Schiller había abierto en su existencia una herida que no podía cicatrizarse, y los días de terror de octubre de 1806 y todas sus fatales consecuen-



Congreso de príncipes reunido en Erfurt (27 de setiembre á 14 de octubre de 1808). — Recepcion del embajador austriaco baron de Vincent. De un cuadro de Nicolás Luis Francisco Gosse (1787-1878) en la Galería histórica de Versalles

cias habían puesto para siempre término á la edad de oro de «ilustración tranquila» que tuvo su famoso centro en Weimar. Del cambio sufrido por el idealismo de Goethe encontramos importantes huellas en las nuevas escenas que aparecen en la primera parte de la tragedia de Fausto. En el monólogo que recita Fausto cuando después del paseo con Wagner regresa á su cuarto de estudio seguido de su perro, vemos un fragmento que relacionado con nuestro estudio aparece bañado en nueva luz. Dice así:

«Está escrito que en un principio existía la palabra, y aquí me detengo. ¿Quién me ayudará á seguir adelante? Imposible me es imaginarme la palabra á tanta altura y la debo traducir de otra manera si es que mi espíritu me ilumina rectamente. Está escrito: en un principio existía el sentido, ¿es el sentido quien todo lo hace y crea? Debería decir: en un principio existía la fuerza, pero cuando voy á suscribir esto, algo me advierte que no he de detenerme aquí. El espíritu viene á mi auxilio y encuentro remedio á mi perplejidad escribiendo: en un principio existía el hecho.»

Palabra, sentido, fuerza, hecho: tales son los retoños de la

gradación por medio de la cual nuestro idealismo curativo traspuso *la edad de papel* de su estéril cosmopolitismo.

CAPITULO II

GUERRA POPULAR EN ESPAÑA, AMORDAZAMIENTO DE PRUSIA É INSURRECCION DE AUSTRIA

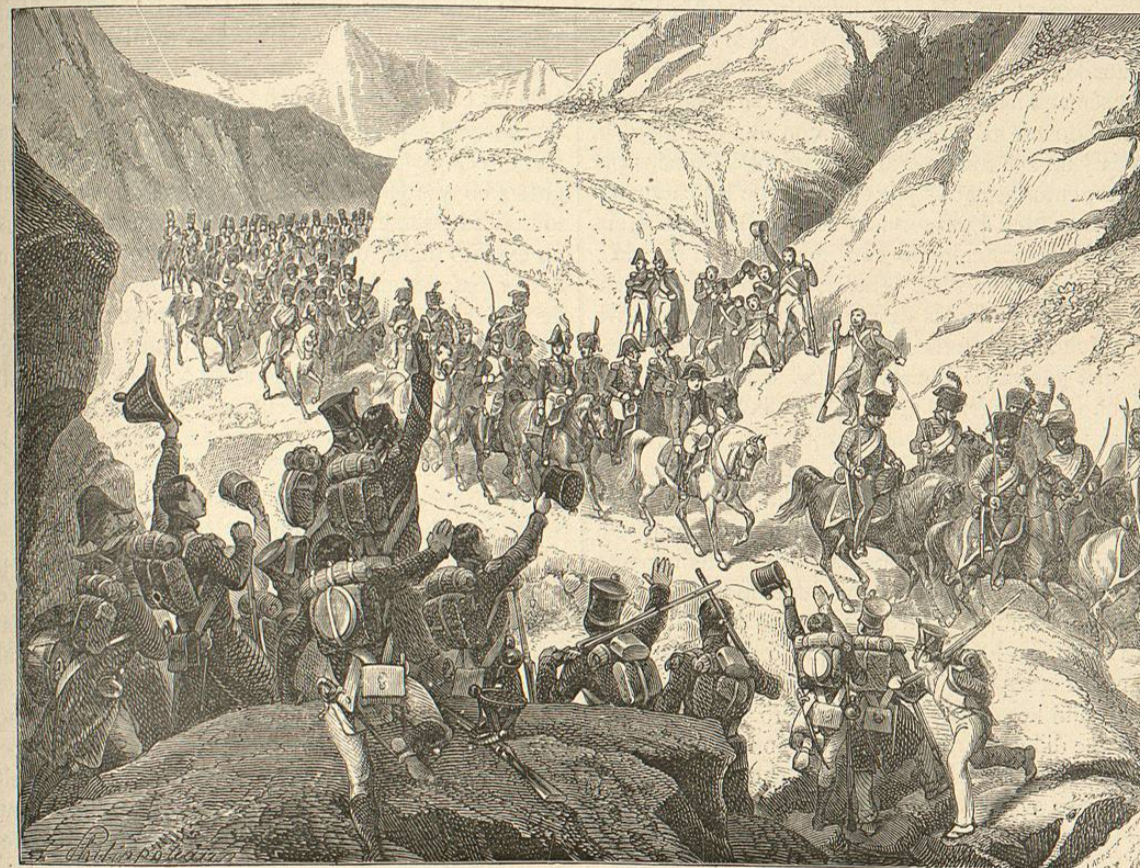
Napoleon, en uno de aquellos momentos lúcidos de que no careció nunca antes de haberse cortado á sí mismo la retirada en la cuestión de España, escribió con fecha de 29 de marzo de 1808 á su cuñado el gran duque de Berg (2): «No creais que vais á atacar á una nación desarmada y que os bastará hacer ostentación de vuestras tropas para sojuzgar á España. La revolución de 20 de marzo demuestra que los españoles están dotados de energía. Teneis que habéroslos

(1) *Fausto de Goethe*, publicado por Loeper, prefacio.

(2) *Corresp.*, XVI, págs. 450-451. Véase Thiers, tomo VIII, páginas 543-547 y 671-679.

con un pueblo joven (*un peuple neuf*), que está dotado de todo el valor y que tendrá todo el entusiasmo que palpitan en hombres no gastados todavía por las pasiones políticas. La nobleza y el clero son los amos de España y si llegan á temer por sus privilegios y por su existencia, promoverán contra nosotros el levantamiento de las masas, que puede hacer interminable la guerra. Tengo partidarios, pero si me presento como conquistador, no me quedará uno solo. El príncipe de la Paz es detestado porque se le acusa de haber entregado la España á Francia: esta acusación ha contribuido á la glorificación de Fernando. El príncipe de Asturias no posee ninguna de las cualidades de que debe estar dotado el jefe de una nación, pero esto no será óbice para que se le

convierta en héroe á fin de poder oponérselo á nosotros. No quiero que se haga uso de la violencia contra las personas de esta familia, pues nunca es prudente hacerse abominable y encender los ódios. España tiene sobre las armas unos 100,000 hombres y esto es suficiente para sostener con ventaja una guerra popular, pues estas tropas diseminadas en diferentes puntos pueden, en caso de un levantamiento, servir de apoyo á la monarquía. Inglaterra no desperdiciará la ocasión de multiplicar nuestros apuros: esta potencia envía diariamente avisos á las fuerzas que tiene situadas en las costas de Portugal y en el Mediterráneo y no cesa de reclutar sicilianos y portugueses. Como la familia real no ha abandonado á España para trasladarse á las Indias, solo una re-



Entrada de Napoleon en España.

volucion puede cambiar el estado de cosas de ese país, y para esto quizás está poco preparada la Europa por lo menos. Los que tienen puesta su atención en los horribles crímenes de ese gobierno y en la anarquía que ha sustituido al legítimo poder del Estado, constituyen una minoría: la mayoría saca provecho de esta anarquía y de estos crímenes.» Todo cuanto Napoleon en su perspicacia había previsto y á pesar de esto luego olvidado, sucedió en efecto, descargando sobre él un terrible golpe cuya magnitud excede á toda ponderación (1). En Oviedo, capital del principado de Asturias, celebraba desde 1.º de mayo de 1808 sus sesiones una asamblea de 42 delegados municipales que, en virtud de tradicional costumbre, cuidaba de los asuntos públicos del principado y que, á la sazón, en presencia de los acontecimientos, se convirtió en asamblea provincial. En otro tiempo, cuando los árabes de Tarik asolaban todo el país hasta los Pirineos, se habían refugiado en las montañas de Asturias los últimos restos de la España cristiana, que desde allí iniciaron más

adelante aquella guerra de religión contra la media luna en la cual se fundían en el ánimo del pueblo hispano las ideas de fe, patriotismo y fidelidad á los reyes. Los restos de altivez y de sentimiento de honor y de justicia, que esta nación había conservado vivos y puros á pesar de la desdichada gestión administrativa del príncipe de la Paz, manteníanse allí en toda su fuerza y con varonil convencimiento de su valía. El heroísmo que en las luchas de otro tiempo había mostrado la Iglesia de Asturias, vencedora bajo la dirección del legendario Pelayo, había sido recientemente llevado á la escena por los poetas nacionales Jovellanos (2) y Quintana y había impresionado profundamente los ánimos. De esta orgullosa tradición dimanaba un derecho de salvación que la gravedad de las circunstancias convertía en deber. Desde la hecatombe ocurrida en Madrid el día 2 de mayo, que habían presenciado muchos asturianos, fué imposible sujetar el furor del pueblo contra los franceses, y cuando llegó la noticia de los

(2) Baumgarten: *Don Gaspar Melchor de Jovellanos. Revista histórica*, tomo X (1863), págs. 323-386.

(1) Baumgarten, tomo I, pág. 235.